

III. Son tambien asuntos enfadosos todos los discursos que salen de los limites de la conveniencia, espuestos en el volumen primero. Bastará aquí observar que es un límite muy especial el carácter de los concurrentes; porque por generales que sean las alabanzas á una virtud y las censuras contra un vicio, no pocas veces se atribuirán á reproches contra alguno de los presentes, que carece de la una ó tiene el otro.

IV. Finalmente, el asunto de la conversacion es enfadoso cuando la idea de nuestra persona y de nuestras cosas las presentamos por largo tiempo á la consideracion de otros, como se dirá mas adelante.

Asuntos agradables.

Si una parte de la urbanidad consiste en decir á cada uno lo que le conviene, es claro que para que no falte asunto á la conversacion, se debe hablar á cada cual de las cosas que más le ocupan ó agradan, de su arte ó profesion, de sus gustos ó aventuras, de sus hijos, muger, &c.

Así al jóven de tono se preguntará, á qué cantante se dará la palma en la estacion próxima en que ha de renovarse la ópera; si acaso es cierto que vuelve la Señorita *** al teatro, que tantas pruebas dió de su habilidad hasta para despachar á algunos de sus cautivos, bien limpios de sus bolsillos y escasos en sus ropas; si el brillante danzador Narciso volverá á helar los pechos de los palpitantes maridos.

Al viejo se pedirá cuenta de los usos civiles, políticos y religiosos que se acostumbraron en el tiempo de su juventud, para procurarse el placer de confrontarlos con los actuales. Mas es preciso prepararse á oír escesivas alabanzas de lo pasado; y por esto téngase la advertencia de *separar los hechos del juicio de quien los espone*. Y todavía púnzese su ánimo con buen garbo hácia los placeres que mas le inflamaron, para que al triste corazon, que ya nó tiene esperanzas de disfrutar del bien perdido, quede al menos el consuelo de haber gozado.

Con las mugeres vulgares

“Ora de pollos, habla, ó de lavado;”

con las galantes

De reló y cofia y femenil arreo.

Con las bien educadas, que unen las buenas maneras á la instruccion, se les tratará de bellas artes, y segun su particular inclinacion, se les propoudrá cualquier problema para que junten al placer de discurrir el de satisfacer nuestra curiosidad. Preguntó un jóven á una jovencita que se ocupaba en pintar, *¿si tenia mas gusto en retratar á los hombres ó á las mugeres, á los jóvenes ó á los viejos?*—*Todos me son indiferentes.*—*Pero con todo.*—*Prefiero las fisonomias sensibles, sin consideracion al sexo.*—*¿Y cuáles son los signos fisonómicos que caracterizan la sensibilidad?* Aquí comenzó un discurso que duró dos horas, haciendo pompa la jó-

ven de sentimiento y el jóven de metafísica.—Las lecturas, á que se entregan las señoras, ofrecen la ocasion de preguntarles qué es lo que mas efecto les ha causado, y qué autores prefieran en tal ó tal ramo de literatura; y *si se tiene la advertencia de proponerles alguna objecion, para demostrar que se comprenden sus ideas, se les procurará el derecho de hablar largamente, sin que ninguno de los presentes pueda tacharlas de descortesía*; porque cada uno tiene el derecho de defenderse y justificar lo que dice.

De una muchacha se verán sus dibujos, bordados y escritura, &c.

A un astrónomo se preguntará lo que son aquellos puntos que brillan en la bóveda azul del cielo; ¿por qué causas algunos han desaparecido y otros cambiaron de color? ¿De dónde viene que los planetas se muevan en el mismo sentido de Occidente á Oriente? ¿Por qué ejecutan siempre sus movimientos en una zona estrecha, mientras que los cometas andan errando libremente por todas las regiones del cielo? ¿Adónde van y de dónde vienen estos astros que espantan al vulgo con su barba y con su cauda?

Al economista se le invitará á esponer las causas del alto y bajo precio de los géneros, de la abundancia ó escasez de una especie de monedas; el influjo de los impuestos sobre la agricultura y las artes; si convenga dar preferencia á las manufacturas

nacionales, en qué casos y por qué medios deba promoverlas el gobierno. Al filósofo se hablará de leyes, al abogado de pleitos, al médico de las enfermedades dominantes. Mas es preciso guardarse de decidir uno por sí mismo, principalmente delante de tales personas, sobre los indicados argumentos, porque no perteneciendo á nuestra profesion, nos espondriamos fácilmente al ridículo de aquel sastre, que habiendo compuesto y presentado á Enrique IV un libro de reglamentos civiles, oyó decir al rey á los circunstantes: “Llamadme al canceller para que me tome medida de una casaca.”

Hallándose uno en una compañía de necios, no hay que mostrar ni la distraccion ni el desprecio que pudieran merecer. Déjese á la fatuidad libre campo para hacer pompa de sus mentecaterías, sin darle temores de ser reprendida, ni aun juzgada. La Motte, persuadido del proverbio español, *que no hay necio de quien no pueda sacar provecho el sabio*, se aplicaba á buscar en los hombres de poco seso el lado favorable, por donde pudiera considerarlos, ya para la propia instruccion ó en apoyo de su vanidad. Haciendo caer diestramente el discurso sobre cuanto habian visto ó sabido de mejor, les procuraba sin esfuerzo el placer de sacar á luz el poco caudal que poseian; y mientras no se enojaba con ellos, los tenia contentos mas allá de sus esperanzas.

Fuentes de ridiculez social.

Se dirá que cuando se va á una tertulia no es para ejercitar la paciencia, sino en busca de placeres inocentes, y querriase poderlos coger, ó entre las flores del discurso, ó en las maneras de las personas, ó entre sentimientos amenos y delicados.

Recuérdese sin embargo la mácsima recomendada arriba, á saber; que debe uno acostumbrarse á mirar las cosas por el lado ridículo; y véanse aquí sucintamente algunas de sus fuentes. Nos darán agradable espectáculo

1º *Las variaciones de las pasiones*, por las que el mismo hombre pasa fácilmente de los jardines de Epicuro á los pórticos de Zenon, y es alternativamente devoto y mundano cada tres meses, y por qué no pocas veces

Osan profanos y asquerosos siervos
De libertad fingir el noble fuego.

2º *Las afectadas repugnancias*. Cuanto es mas comun un gusto, un sentimiento, una afeccion, mas fingen algunos estar esentos de ellos. Obrando de esta suerte les parece separarse de la masa vulgar, y, colocados en alto, hacerse objeto de las miradas de otros. ¿Cómo pudiera uno contenerse con Eurípides, el cual aseguraba no amar á las mugeres, despues de haberse casado tres veces? Siguiendo los preceptos ya indicados, sin dejar aparecer ninguna duda sobre su sinceridad en ese caso se habria debido preguntarle la historia de esos

tres séres tan odiados y con quienes acaso estrechó alianza para ejercicio de su paciencia.

3º *Los esfuerzos de la vanidad, por los que intenta cada uno asociar la idea de la propia persona á la de las cosas apreciadas ó de las personas ilustres*. Si alguno celebra un buen libro, asegurará inmediatamente un literato que él lo posee, aunque quizá no le haya visto ni por el forro; si se trata de un grande hombre, éste pretende ser su pariente, y aquel le vió en Lóndres ó Paris, ó viajó con él en el mismo buque, y por esto se envanece como el asno de la fábula, que cargando reliquias, se imaginaba ser adorado. Horacio se preciaba de chocar descortesmente contra cualquiera que encontraba en la calle, con tal que pudiera ese vil adulator llegar pronto á casa de Mecenas: véase la astucia ó el contrato del amor propio: él dá una parte de su reputacion, esto es, concede ser descortés, por tal de que se le crea en liga con el ministro de Augusto. En suma, casi á cada instante se nota que los hombres son en sus pretensiones mas irracionales que aquellos cargadores, que oyendo elogiar las bellas sonatas de un buen organista, se glorian de haber levantado los fuelles.

Es necesario observar sin embargo, para que los jóvenes no se equivoquen, que envanecerse de ser amigo de una persona virtuosa ó estimable por otras causas, siempre que realmente lo sea, no es una jactancia irracional como las antecedentes; porque las

personas virtuosas y estimables no conceden su amistad sino á quienes ellas estiman.

4.º *Las preocupaciones comunes.* Esta fuente de ridiculez no puede faltar entre una compañía de mugerzuelas; pues que, si por ejemplo se hace objeto del discurso este ó aquel mal, al momento dan remedios como el médico Quinto Sereno, que para curar la cuartana, ponía debajo de la cabeza del febricitante el libro cuarto de la Iliada. Continúese la historia de las enfermedades, y continuarán ellas despachando *recipe*, que provocarian á risa hasta á un moribundo.

Se preguntará acaso, ¿de qué manera deba tratarse y reir con las gazmoñas? El problema es verdaderamente difícil; mas no lo es tanto que no pueda hallarse el secreto.

Las santurronas á cualquiera llaman á su confesionario; y crece su contento en razon de las personas que condenan. Cuando se encuentre uno, pues, en compañía de estas señoras, écheseles delante una veintena de pecadores por lo menos y todos con sus culpas en la frente: aquí se lee *modas*, allí *teatro*, mas allá *paseos*, *sones*, *cantos*, &c. La vista de estos placeres á que ha renunciado la señora por motivos respetables, ecsalta su bilis; con esto ya se la tiene sentada *pro tribunali*; y escribiendo sentencias de Radamanto, con manos y piés despacha al orco á estos profanos. Precisamente porque la santurronería es incesorable, debe uno interponerse y

pedir misericordia, ora para uno, ora para otro; inténtese entonces la apología de la moda; pídense alguna tolerancia para con el teatro; sirva el concierto de las esferas para defender los sonos; vengan los pájaros en socorro de los cantos, &c.; entra así una disputa entre el juez y el defensor y continúa de esta suerte la sesion criminal, puesto que, *las objeciones racionales y oportunas, son un estimulante de la conversacion.* Y como el celo de la señora está esento de malicia, *inflamándose ella fácilmente*, permite leer en el fondo de su alma; colúmbrase entonces, bajo tintas supersticiosas, aquellas falsas ideas que se leen en algunos libros bajo colores poéticos, y se aprende á estimar profundamente á sus autores. Creciendo luego el calor de la gazmoña, disminúyase la oposicion, y déjesele saborear el placer de haber persuadido y vencido; y de este modo se sale de la conversacion muy satisfechos entrambos.

5.º *Los esfuerzos para aparecer como ricos;* ya se ha hecho en el primer volúmen una indicación. Bastará decir aquí, que crece el ridículo en estos casos en razon de la diferencia que pasa entre la apariencia y la realidad; de modo que el máximum de la ridiculez será ofrecido por los que imiten á los cómicos del campo, que despues de haber representado á César y Pompeyo se mueren de hambre.

6.º *La presuncion,* la cual es de dos especies: pertenecen á la primera aquellas personas, que no

haciendo nunca uso de su juicio, despachan las ideas ajenas sin discernimiento y como propias. La segunda especie comprende aquellos charlatanes que provistos de un capital científico como diez, hacen pompa de uno como ciento, y obtienen un fácil crédito, especialmente entre las mugercillas que pican de literatura.

“No basta, dice Gozzi, tener buenas mercancías en una tienda, sino que es de grande utilidad saberlas mostrar. Sucede á los literatos, cuando saben ganarse la opinion de los hombres, lo que á un jugador ó acomodado, que si el primero ha ganado cincuenta, corre la voz de que fueron ciento, y el segundo si posee tres mil pesos de renta, se hace subir á cinco mil. Del mismo modo, si el literato tiene buena manera para insinuarse en el ánimo de otro, no habrá cosa en el mundo que no se crea que entienda. ¿Pero qué creéis que fuera aquella rustiquez de Antístenes? ¿Qué, aquella capa, aquella balija, aquel beber con la mano, y la casa dentro de la tinaja y las otras poltronerías del malcriado Diógenes? No otra cosa, que el saber vender sus mercancías. Porque cuando uno usa hacer con cierta nobleza de ánimo lo que los otros no acostumbran, atrae las miradas sobre sí y poco á poco causa maravilla. Aristófanes que entendia las cosas del mejor modo, y llamaba pan al pan, para abrir los ojos á los atenienses, á fin de hacerles conocer el artificio de ciertos estudio-

“sos, los hizo comparecer sobre la escena, flacos y descoloridos, como si el estudio los hubiera aniquilado; sus doctrinas se manifestaban luego, consistiendo en saber cuanto espacio salta una pulga, y si el mosquito tenga la trompa en la garganta ó mas abajo. Hoy no estriba el artificio en las suciedades y cinismo de Diógenes, ni en la flaqueza y amarillez del colorido, porque esto no es posible á todo cuerpo y color, sino en un poco de fanfarronada para darse á conocer en el mundo. Verdad es que para ser fanfarron es preciso envalerse del propio modo de obrar y decir; y á fuerza de persuadirse á sí mismo que se sabe, comenzar por creerlo, hasta que la conciencia no pueda negarlo y entonces hacerlo entender así á los demás. Luego, entrar en todo discurso animosamente y á bandera desplegada, dá á entender que lo que se dice tiene su raigambre en el entendimiento y es efecto del estudio de toda la vida. Podrá ayudar alguna buena sajadura á los autores; así, por ejemplo, si uno dice, ¿qué os parece tal obra? responder: no he tenido paciencia para leerla. ¿Dante? es rancio. ¿Petrarca? trabajado con demasia; y ademas ha hecho tantos petrarquistas, que enfada. ¿Ariosto? divino; pero muchas veces se arastra por los suelos. ¿Tasso? *Semper chorda oberrat eadem.* En suma

¿Quieres aparecer con mucha ciencia?
Vitupera, y verás á los oyentes
Admirarte con grande reverencia.

“Es un gran hombre, sublime, dirán, que conoce
 “ todos los defectos de los autores. Probémoslo.
 “ Se discurre de este mundo y del otro. Nuestro
 “ hombre, sobre dos piés, ha de saber responder así
 “ del curso de los planetas, como sentenciar definiti-
 “ vamente del modo de rizarse el cabello; y si es de
 “ ánimo esforzado, terminará siempre con decir: es-
 “ pero hacer ver en mi Tratado que el mundo es
 “ muy tonto. Ustedes verán dentro de breve la opi-
 “ nion que tengo sobre esto, en un libro que estoy
 “ para concluir; de manera que llenando la cabeza
 “ de circunstancias, de sentencias, de libros y otras
 “ abundancias literarias, es imposible que cuando
 “ se retire de la compañía no se susurre. ¡Qué
 “ hombre! ¡Qué saber tan profundo! Vamós, es
 “ una biblioteca ambulante; una imprenta que suda
 “ sin descanso.”

Y Emperó si es permitido reir de las necedades de
 los hombres, como otros se rien de las huestras, exi-
 sige la urbanidad que nuestra sonrisa se escondá á
 su mirada, y que, desnuda de toda malicia, no sea
 diversa del sentimiento que escitan en nosotros dos
 polluelós que se ponen á pelear.

Admittis non sinitur
 Viniunt y ante h. o. n. t.
 Quitero agere con multa clonit.

CAPÍTULO V.

*Continuacion del mismo asunto.—Juegos de so-
 ciedad.*

No es siempre posible en las noches largas ali-
 mentar la conversacion con asuntos nuevos é inte-
 resantes; y de otro lado el discurso tiende natural-
 mente á la sátira. Pues bien, mejor es jugar que
 aburrirse, y mejor todavía que maldecir, *con tal
 que la regla guarde su medida.*

Le jeu fut de tout temps permis pour s'amuser;

On ne peut pas toujours travailler, prier, lire;

Il vaut mieux s'occuper, a jouer, qu'a médire.

Los juegos pueden reducirse á cuatro clases: la
 1ª ejercita las fuerzas corporales, por ejemplo, la
 carrera, la lucha, el pugilato.

La 2ª ejercita las fuerzas intelectuales, por ejem-
 plo, el ajedrez, tresillo, y otros juegos de cartas.

La 3ª deja inertes las fuerzas corporales é inte-
 lectuales, como los dados y todos los juegos de
 azar.

La 4ª ejercita simultáneamente ambas fuerzas
 en diversos grados, y en parte depende del azar, co-
 mo el juego de la pelota á caballo. Los papelotes
 divierten en el invierno á todas las cortes de Orient-